

Raúl González Tuñón

La Calle del Agujero en
la Media / Todos bailan



En *La Calle del Agujero en la Media* (1930) y *Todos bailan* (1934), pueden observarse los rasgos más significativos de su propuesta poética: la presencia de ámbitos y personajes populares, una mirada cosmopolita, la interrogación sobre el paso del tiempo y la participación humana en el devenir de la historia y la constante innovación formal.

Raúl González Tuñón condensó en la creación de Juancito Caminador su actitud ante la realidad y la poesía. Con curiosidad y asombro se interna en la atmósfera particular de cantinas y bares, se codea con los marineros o participa en una reunión de obreros. Su voz rescata hacia 1930 los personajes característicos de las grandes ciudades que devinieron vertiginosamente en urbes modernas. Así deambulan por estas páginas prostitutas, gitanos, borrachos, mujeres amadas y deseadas, bailarinas del music-hall, músicos de jazz y blues y algunos personajes célebres, menos anónimos. En medio del fervor del viajero que contempla París, Barcelona o San Francisco, asoma también el tono ácido, corrosivo y la alusión a la guerra.

Tal como ocurre con la buena literatura, estos poemas de Raúl González Tuñón siguen siendo contemporáneos, innovadores, sugerentes. Transmiten la mirada del aventurero observador y la fuerza inconfundible de un poeta que supo cantarle tanto a los rincones de Buenos Aires como a los suburbios de París o a los bajo fondos españoles.

LA CALLE DEL AGUJERO EN LA MEDIA

(El séptimo cielo)

A Edmundo Guibourg

A Daniel Schweitzer

*A la mesa cordial del restaurant de León
y Baptiste, en la rue des Martyres.*

París - 1930.

El ramal derecho

A las tres leguas de allí el camino se convertía en un acertijo. Se unía en ángulo recto con otro camino más ancho. David se detuvo, dudó un momento, y tomó el camino de la derecha.

El ramal izquierdo

A las tres leguas de allí el camino se convertía en un acertijo. Se unía en ángulo recto con otro camino más ancho. David se detuvo, dudó un momento y tomó el camino de la izquierda.

El ramal mayor

A las tres leguas de allí el camino se convertía en un acertijo. Se unía en ángulo recto con otro camino más ancho. David se detuvo, dudó un momento y sentóse a descansar.

O. HENRY
Las sendas del destino

LA CERVEZA DEL PESCADOR SCHILTIGHEIM

Para que bebamos la rubia cerveza del pescador
Schiltigheim.

Para que amemos Carcassonne y Chartres, Chicago y
Quebec, torres y puertos.

Los blancos molinos harineros y la luz de las altas ven-
tanas de la noche
encendidas para los hombres de frac y para los ladro-
nes.

Y las islas en donde los Kanakas comen plátanos fritos
y bajo el sol
y bajo las palmeras, entre ágiles mulatas suenan los
ukeleles.

Islas, dije, las islas, soles rojos, platillos para Darius
Milhaud.

¡Tener un corazón ligero! Vale decir, amar a todas las
mujeres bellas.

Y una moral ligera, vale decir, andar con gitanos ale-
gres
y dormir en un puerto un ocaso cualquiera y en otro
puerto y otro
y andar con suavidad y con desenvoltura de fumador
de opio.

Para que a cada paso un paisaje o una emoción o una
contrariedad
nos reconcilien con la vida pequeña y su muerte pe-
queña.

Para que un día nos queden unos cuantos recuerdos:
decir, estuve,
estuve en tal pasión, en tal recodo. Estuve, por ejemplo,
en la feria de Aubervilliers, una mañana, con un trozo
de asado,
una amistad tranquila, la mesa clara, el perro, el buen
hablar
y afuera, las verduleras de París chapoteando con los
zuecos en la nieve.
Para que bebamos la rubia cerveza del pescador
Schiltigheim
es necesario no asustarse de partir y volver, camaradas. Estamos
en una encrucijada de caminos que parten y caminos
que vuelven.

LAS VIEJAS CATEDRALES

Amo las viejas catedrales.
En las cuchilladas de sus troneras
adivino a la Edad Media fusilando al mundo.
Amo la música helada de sus vitraux
y el olor a sagradas vestiduras bajo las arcadas que en
la noche
son curiosa asamblea de ángeles y murciélagos.
Los recintos azules poblados por el aliento de una
época
cuando los hombres aún no habían conquistado a
Dios.
Y el corazón de cera de sus vírgenes y las mutiladas
imágenes
y el olor húmedo de las santerías,
encrucijada de sombras que antes fueron realidad en
la tierra
y anunciaron la peste, la muerte, el hambre y la gue-
rra.
Amo las viejas catedrales inmóviles, definitivas, sono-
ras,
clavadas en el verde corazón de la Europa.
Esos trasatlánticos de Dios, tan viajeros,
que son amados de los pájaros y contra cuyos muros
discurren al sol los mendigos y los ciegos.
A Nôtre Dame de París venían las palomas y los jugla-
res
y una ciudad nació bajo su sombra fresca.

La Sainte Chapelle presencié duelos de ángeles;
he ahí los cristales que nos hablan del color de su
sangre.

Más allá, en un país de bebedores de sidra
hace tiempo que la bella durmiente —del cielo—
aguarda

a que un nuevo fervor la despierte: he dicho Chartres.
Amo las viejas catedrales.

Son del tiempo de los enanitos, de los trasgos y de
los gnomos

y de los alquimistas de pesados grimorios.

Y del Papa de los Locos.

Fueron la otra taberna en la vida de Utrillo.

Las inscripciones de sus tumbas hicieron la poesía.

Los colores de sus vitraux hicieron la música.

Las historias de sus santos prepararon las revoluciones
y sus intrigas

fueron largo tiempo adorno del mundo.

Hoy, yo adoro el olor de sus túneles,

los secretos de sus tabernáculos,

las figuras de sus hornacinas,

sus vidrios de losanges

y la atrevida imaginería de sus pórticos y sus sagrarios

Oh, viejas catedrales, inmóviles, definitivas, sonoras,

clavadas en el verde corazón de la Europa.

¡Oh, Trasatlánticos!

LA CALLE DEL PASO DE LA MULA

La mosca cautiva bajo la campana de vidrio
y el niño que juega porque el sol es bondadoso.
Fíjate cómo, igual que hoy, igual que ayer, igual que
mañana,
nuestro vecino pasa, recoge su botella de leche,
arroja al suelo el boleto del subterráneo
y sacando el reloj penetra a la casa, a su vida de to-
dos los días,
igual que ayer, igual que mañana, igual que siempre.
Sólo los puentes, esas piedras cargadas de secretos,
seguirán por los siglos sobre el río pensativo del tiem-
po.
Nosotros nos quejamos de morirnos tan pronto.
Vivimos ya una muerte piadosa, tanto
que hasta esperamos morirnos una tarde.
La esquina adonde van a acostarse los ómnibus.
Un hombre que pregunta una dirección vaga.
Un muchacho que entra silbando al mingitorio.
El afiche del jabón Cadum, ¿sabes?
—el niño que posó tiene ahora cincuenta y dos años
y Toribio, Toribio Sánchez que nos hizo reír allá abajo,
se emborracha con él todas las noches.
Nuestro vecino se levantará con el alba
y nosotros, nosotros estaremos aún desvelados
leyendo cuatro cosas, hablando cuatro cosas,
solos, solos, en la íntima isla de los abrazos.

Somos jóvenes y viviremos en otra calle, en otra ciudad.

Fíjate, todos los paisajes nos hacen pequeños.

Estarán allí siempre. La esquina

adonde van a acostarse los ómnibus.

Los puentes. El afiche del jabón Cadum.

La mosca cautiva bajo la campana de vidrio

y el niño que juega porque el sol es bondadoso.

Vinos y licores. Comisarías. Ostras Claires y Portuguesas.

El colchonero.

LAVADERO

Pintaría los muros leprosos de las ciudades viejas.
Muros de convento —el olor de los siglos sonando
 como un órgano-
muros de cárcel, de hospital,
de caserón ruinoso, de colegio, tan parecidos.
Esas paredes
con las que sueñan los forzados, los buscadores de
 oro,
los exiliados, los marineros y los niños perdidos.
Esas paredes que en la infancia fueron
calcomanía de todas las travesuras,
pizarra de todas las rebeldías,
frontera de todas las aventuras.
Tristeza de ladrillos pulidos por el tiempo.
Muros que tienen alma, voces, tesoros, dentro.
Ah, cómo ellos vieron pasar la vida,
cómo se sintieron desplazados por otros muros
altos, flamantes, blancos.
Pero algunos, sin embargo,
sienten el caliente embarazo del musgo.
Ah, cómo tienen corazón fresco de arroyo
y el viento que los conmueve algo lejano de isla les
 imprime.
Otros —esos sí han reverdecido de nuevo—
— hablo de los muros humildes, chatos, casi celestes
de los lavaderos.
Los lavaderos en cuya ancha puerta de corralón

se alza una bandera helada del color de la plata,
una bandera de cinc, inmóvil, pero tierna.
Una bandera proletaria y sucia a la que es lindo
contemplar bajo la nieve o bajo la lluvia
entre las luces que ablandan la calzada, entre el aire
duro.
Entonces las banderas de los lavaderos alegran las
paredes
que tienen un fresco corazón de arroyo.
Detrás, con las manos en las bateas, sueñan los chi-
nos.
Lavaderos de París, de Buenos Aires, de San Francis-
co.

USINA

Hay gente que desde la acera contempla las siluetas
negras,

mira

el ruido siempre igual de las poleas veloces y de los
aceitados émbolos.

Que sabe del tremendo rencor, que sabe de ese pul-
món fatigado

y de ese largo respirar de humo.

Hay en el mundo banqueros braquicéfalos y jueces
cornudos.

Hay los que ya no creen en nada y los que esperan
todo.

Hay sí, la música sucia y amontonada de las usinas
levantadas, vibrantes, en el riñón de las enormes ciu-
dades.

Unas no conocen domingo ni descansan jamás
y a veces, como las madres, dan sus hijos para la gue-
rra.

Otras, como los hombres, devienen inservibles y mi-
serables

montón de tapias y de hierros inútiles
en el riñón de las enormes ciudades.

Otras descansan por la noche con el sueño pesado
de los pobres,

bajo las agrias lunas, entre el áspero viento,
con algo de cárcel y de cementerio;

y oyen con sus oídos llenos de polvo el ladrar de los
perros.

Es por los que viven en esas usinas que yo siento pe-
na.

Es para esas usinas sordas, de oxidados soles,
de gruesas lluvias

—que me ahoga este poema.